

El texto *Prohibido perder* de Gonzalo Medina Pérez, está pintado de variados matices, lo que hace difícil caracterizarlo con un solo adjetivo sin sacrificar con ello un sinnúmero de opciones que también darían cuenta del mismo. Por los demás, en este empeño por la definición, se pueden bien utilizar calificativos contrarios: por ejemplo, puedo decir que es un documento profundo porque toca las entrañas de las lógicas sociales y devela la tramoya del sistema mundo, que se esconde en las confirmaciones de los grupos para el Mundial, en las alineaciones de cada partido, en las ventas de los jugadores, en las plazas de los entrenadores, en las administraciones-dictaduras de las ligas, liguillas, federaciones y confederaciones, verbigracia la FIFA. Pero es superficial porque está allí, en el terreno, en la cancha, en el piel a piel del encontronazo, en el de las patadas y en el de las zancadillas, en el de las mañas oportunas, en el de las manos inoportunas y en el del brazo para celebrar. En los gritos de los hinchas, en las tribunas fanáticas de “Corea” y en las “paticas” que se fuman sin pudor y que se pasan de boca en boca.

Es también un libro triste, muy triste, porque nos recuerda “la soledad de América Latina” (para evocar al Nobel), la violencia configurativa de Colombia, que como dice María Teresa Uribe “es un eje de pervivencia histórica” y, parafraseando a Pécaut “es constitutiva de lo político en este país”... Y es triste porque nos devuelve al 2 de julio de 1994, a la muerte absurda de Andrés Escobar, víctima del sinsentido de esa misma violencia. Y sin embargo, es una obra alegre, muy alegre, porque va al fútbol, narra el toque-toque, canta los goles, luce uniformes coloridos, ondea pancartas y habla de tangos, milongas y de rock. Es como el país, oscila entre lo bello y lo ominoso.

Como diríamos en los setenta, es un libro “protesta” que no escatima en señalar a unos y a otros en sus tiros de esquina por la contenida política mundial y en la disputa por los “restos de humanidad” que hoy nos quedan, y es también un libro homenaje... a escritores, pensadores, amigos y deportistas, que va desde la alusión a Armando Caballero, como Gonzalo lo dice, “en donde esté”, a la memoria del “Caballero de la cancha”, a quien muchos quisiéramos aquí.

Es, por lo demás, un libro estructurado, en el que cada noción, cada interpretación, cada pasaje asistido ya con la evidencia empírica ya con el pensador clásico y, allí, en ese afán de la sustentación, justo allí, emerge el contrario, el adjetivo de eclético que se le puede endilgar al texto: en su insistente argumentación Gonzalo va del Nobel en química Ilya Prigogine al tristemente célebre por los químicos Roberto “El Osito” Escobar. Del venerado Papa Juan Pablo II, que intervino en la historia contemporánea en un momento determinante de los últimos tiempos, como lo ha sido la caída del comunismo, al irreverente “Cura Burgos”, cuidador de la historia del fútbol, de sus momentos de gloria y de sus caídas. Empareja a Marguerite Duras con “Su Majestad” Eduardo Galeano, quien ataca a los académicos del fútbol, mientras aquella coquetea con Michel Platini.

Trae a escena la lucidez de Karl Marx, cuando dice que “todo lo sólido se desvanece en el aire” y nos muestra la estupidez de George Bush, que se desvanece tras el aire enrarecido por el humo de las masacres inútiles. Convoca al premio Nobel de la paz Adolfo Pérez y nos recuerda la guerra con Adolf Hitler. Va del brillante cronista Luis Tejada, al protagonista de una crónica roja como Humberto Muñoz Castro, el homicida del “Calidoso”.

---

Licenciada en Educación Física Universidad de Antioquia. Magíster en problemas sociales contemporáneos de la Universidad de Antioquia. Doctora en Estudios Científicos Sociales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente -ITESO- México

Elí Ramírez, Roque Dalton, Lieh Tzu, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Charles Baudelaire, Jorge Luis Borges, Vinicius de Moraes, Faciolince, Horacio Quiroga, Vargas Llosa, Roa Bastos, Elías Canetti, Albert Camus y Marcial, el poeta latino, jamás imaginaron danzar juntos al compás de Michel Sardou, D'Arienzo y Chico Buarque... así como Eric Dunning y Norbert Elias no imaginaron, no podían imaginar, que su famoso texto *Deporte, ocio y civilización* iría a tener una versión criolla, que pone en jaque sus hipótesis más profundas, porque en Colombia mucho de fútbol y poco de civilidad.

Sí, en este libro desfilan bandidos como *El Mono Trejos*, *Toñilas* y *Pacho Troneras*, al lado de *Mané Garrincha*, *Pelé*, *Pelé González* y *Abédi Pelé*, Maradona, Zico, Zidane, Corbatta, *Chontico* e Higuaita, Asprilla, Valderrama, Platko y Lato, Messi, Ayala, Soriano y Crespo, Roberto Carlos, *Cafú*, *Kaká* y *Ronaldinho*... También se pasean por esta cancha Zubeldía y Maturana, Hernán Darío Gómez, Lavolpe, Menotti y Jorge Valdano...

La lista pareciera ser interminable y en ello podría reposar esta presentación, pero la significación del texto no se agota en los personajes, cada uno ubicado en un lugar perfectamente calculado en la estratagema de los “sueños a la redonda”. Y es que Gonzalo nos ilustra permanentemente con anécdotas, crónicas, conflicto y cotidianidad y eso hace que este libro también sea una especie de archivo deportivo, una suerte de arqueología del fútbol, en la que el pasado y el presente tejen el futuro y las esperanzas o la posibilidad de un mundo mejor. En esta tensión de contradicciones que definen una misma cosa, puedo decir, pues, que esta obra es historia y actualidad, tiempo y destiempo... como si quisiera adherir las palabras de Einstein que él mismo cita, cuando escribió a su esposa, motivado por la muerte de un amigo:

Michel ha dejado este extraño mundo antes que yo. Esto no tiene importancia. Para nosotros, los físicos convencidos, la distinción entre pasado, presente y futuro es una ilusión, aunque persistente.

Aquí el fútbol transita por distintos roles: es texto, pretexto y contexto. Es texto, por cuanto

constituye el asunto en cuestión, es el tema nodo. Los protagonistas son las oncenas, los cotejos, los entrenadores y los *pasegoles*; la poética de la estrategia y la magia de los desenlaces. Es el que organiza la narrativa, los capítulos y guía la lectura. Es la seducción por el fútbol la que se roba la trama; son las aventuras de los jugadores, sus palabras y sus recuerdos las que pintan el paisaje que preferimos contemplar. Por los intersticios de los capítulos, se filtran “datos curiosos”, referencias recónditas que nos ilustran sobre detalles como los que siguen: que los *hooligans* ya llegan a tres mil en cifras proyectadas, que las barras bravas argentinas tienen lazos con los partidos políticos, que el penalti tiene más de cien años y que surgió en la cancha de Stoke City en 1891; que Estados Unidos le ganó a la madre del fútbol, Inglaterra, en 1950; que el fútbol no llegó a Colombia por Barranquilla sino que por primera vez se jugó un partido en el país, en la plaza de San Andrés, y que hay una técnica que se llama *folha seca* —hoja seca— porque el balón cae similar a las hojas en otoño. Esta última nota ilustra con mucho una cierta estética que asoma al describir algunas jugadas, pluma con la que el autor dibuja una plástica en la que el cuerpo y la pelota dejan de ser para representar. El fútbol es aquí el deporte invitado de primera fila, para hablar de él y desde él.

Empero, el fútbol también deviene en pretexto para hacer historia, relatar crónicas, contar chismes, demostrar erudición, hacer poesía, literatura y regodearse en las palabras, en los cruces epistemológicos y en la buenas citas; es, a su vez, el pretexto para opinar, para enseñar una interpretación del mundo y de la realidad social, para hacer crítica y para proponer alternativas, una especie de código ético, de deber ser que se le escapa al autor cuando habla del periodismo deportivo y de su compromiso en la construcción de la “resistencia ciudadana”. Pero el fútbol es también pretexto para la añoranza, la nostalgia y, por qué no, para la verraquera por este país que nos toca vivir y que requiere del fútbol para llorarle, como si ante la inevitable amenaza que planea sobre los que se atreven Gonzalo eligiera la malla del portero para protegerse y poder decir. Y no es para menos... En un país en el que la historia parece un obituario, en el que “dar la cara” se paga con

un tiro al amanecer, nombres como Héctor Abad Gómez, Leonardo Betancur, Pedro Luis Valencia, Luis Fernando Vélez, que nos han rondado estos días, nos recuerdan que en Colombia hay que “hilar delgadito” y hablar quedo.

Con el fútbol como pretexto el autor nos habla de la geopolítica mundial y local, cartografía en la que va situando los hechos y sus universos de sentido, y así, sin más, da cuenta de la “Revolución de los Claveles” en Portugal; de la muerte en 1986 de 280.000 personas por la explosión de Chernobyl, en Ucrania; de la Ley 70 de 1993 sobre minorías negras en Colombia; de la “Primavera de Praga” en 1968; del trasfondo en el significado de Arabia Saudita que quiere decir “la nobleza más poderosa”; de Serbia y Montenegro; del genocidio de Auschwitz; de las bombas de Hiroshima, Nagasaki y Pearl Harbor; de la caída del socialismo en Polonia; de la sangrienta guerra en Sierra Leona, África, y del “Cerro del Indio” en el departamento del Tolima; de la *trokosis* en Ghana (práctica sexual en donde las jóvenes son entregadas al sacerdote para purgar sus culpas); de la Perestroika soviética, iniciada en 1985; del “Gaitanazo” en 1948; del movimiento estudiantil en Corea del Sur, al que señala como uno de los más grandes del mundo; de la esclavitud reeditada en Brasil; de las quemas en Quito; del Tratado del Libre Comercio en México y de los tulipanes naranja de Holanda.

De Inglaterra a Santo Domingo Savio, del Mundial al Pony- fútbol, de la Maracaná de Brasil a la Maracaná de Castilla; geopolítica y deporte, partidos políticos y partidos de fútbol se funden y refunden en un discurrir que se puede sintetizar en estos fragmentos del texto: “Samba, Carnaval, desigualdad, Esclavitud y agresiones contra los niños coexisten al lado de la pasión incontrolable que produce el fútbol” esto es de cara a Brasil; de Chile nos dice “y mientras los ingleses inventaron la pena máxima para hacer del fútbol un deporte más civilizado, los militares pinochetistas aplicaron su propia noción para hacer de la libertad un mero estatuto y de la vida apenas un protocolo”. De Colombia diría, a la manera de dialogo entre guerrilla y secuestrados: “La guerra y el fútbol se han encontrado muchas veces, en ocasiones para inaugurar unas conversaciones o

para refrendar acuerdos finales... En el Medellín de los noventa pactos de no agresión entre bandas se selló el torneo interbarrial *Fútbol por la paz*.”

El fútbol se instala además como contexto: factor que rodea aspectos fundamentales de la existencia como la identidad, la ciudadanía, los mundos imaginados, las idealidades, la simbología nacional, la política, que a la manera de Arendt no es más que experimentar la vida juntos, “vivir y dejar Vivir”; los códigos éticos de convivencia. Y no sólo rodea estos aspectos sino que los penetra, los allana, el fútbol para Gonzalo es medio y mediación en el sentido de Jesús Martín Barbero: desde él nos cuenta su mirada y a través de él aprehende la urdimbre social y nos presenta.

De tal manera que Gonzalo mismo experimenta mutaciones a lo largo de su trabajo: es periodista, político y politólogo; es hincha, fanático y estratega, mutaciones identitarias coherentes con las movi­lidades hoy día... pero con todo y la “identidad líquida” Baumaniana, es posible hallar aquí una unicidad que reúne a estas identidades múltiples en Medina: la identidad de escritor. El escritor que logra tejer filosofía, poesía, música, literatura, cine, física y opinión, entre otros tantos hilos que aquí comulgan alrededor del fútbol, en una trama que ahora sí puedo calificar como compleja. Mapa unido por pases maestros y sobre la cancha de los avatares políticos personales que van del Salvador al Liceo Antioqueño, para situarse en el escenario donde la vida se viene en todo su espesor. Y sin embargo, allí también llega su pluma para invitarnos palabras ahora nuevas, ahora raras, ahora ingenias o en desuso: albiceleste, facticidad, isofáctico, homicidar, rojazul, sapovisor, balompedismo, nipones, albiázules... son ejemplos de pinceladas que le dan color a un paisaje un tanto apocalíptico, que deja un sinsabor a “país del Sagrado Corazón”, pero que concluye con una metáfora de negociaciones para la paz en cabeza de guerrilleros y policías; esto, unido a los interludios musicales, fotográficos y las propuestas exhibidas, nos mitigan la desazón connatural a la desesperanza y evocan aquella frase del poeta alemán Hölderlin: “Allí donde surge el peligro surge también la salvación”...

Con cinco capítulos: “Una pelota con olor y sabor a conflicto”; “El fútbol, sí, otro inspirador literario”; “Coctel de tensiones: periodismo, conflicto político y cultura; “¿Para qué forjar un líder? zagueros, guerras, tribus y barras” y “Declaraciones de amor a un balón”, prologados por Alberto Salcedo Ramos, con contraportada

de Jorge Valdano, con ilustraciones en la carátula que conectan el fútbol-comunicación y cultural y con un título que entraña pasión y dolor, se plantea un recorrido prolijo en información, inteligente en su disertación y divertido en su conjunto. Señoras y señores, tengo el gusto y el horror de presentarles *Prohibido perder* de Gonzalo Medina Pérez.